

Francisco y Juan Francisco

César Leante

I

Nada tiene de casual que dos obras antiesclavistas cubanas como la novela *Francisco* de Anselmo Suárez y Romero y la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano hayan sido escritas prácticamente a un mismo tiempo y terminadas para la misma fecha (1839). Como se sabe, Domingo del Monte las encargó a sus respectivos autores para incluirlas en un álbum literario con el que obsequiaría al Comisionado inglés en La Habana, Richard Madden, «para que éste se forme una idea exacta del estado de opinión acerca de la trata y de los siervos entre los jóvenes que piensan en el país»¹.

Como se sabe también, Madden tradujo y publicó en Inglaterra, al año siguiente, la *Autobiografía* y varios poemas de Manzano², no así la novela de Anselmo Suárez, que debió esperar 41 años para ser editada, y ello fuera de Cuba, en Nueva York, y cuando hacía ya dos años que su autor había fallecido. Mas lo que sí resulta una singular coincidencia es que ambos libros tienen por protagonistas a dos personajes que ofrecen rasgos muy similares, sobre todo psicológica y anímicamente, no obstante ser el uno –Francisco– producto de la ficción y el otro –Juan Francisco Manzano– un ente real, de carne y sangre; si bien es posible que la clave de esta «coincidencia» sea, como lo es de la anterior «casualidad», la figura de Domingo del Monte. A riesgo de pisar un terreno netamente hipotético, intentaremos probarlo. «El más real y útil de los cubanos de su tiempo», como llamó Martí a Del Monte, era por naturaleza una personalidad aglutinadora y un nato mentor cultural. Su don de gentes lo llevaba –y estamos, repito, moviéndonos en un plano especulativo– a conocer muy precisamente al grupo de escritores que lo rodeaba y sobre los cuales ejercía un magisterio indiscutido, en especial, y como es lógico, entre los más jóvenes. Manzano tiene acceso a Del Monte hacia 1834, cuando lee en la célebre tertulia

¹ José Zacarías González del Valle, *La vida literaria en Cuba, La Habana, 1938.*

² Citado por José Ferrer de Couto en *Los negros, tales como son, como se supone que son y como deben ser, Nueva York, 1864.*

de este último su soneto «Mis treinta años», y Anselmo Suárez es introducido en su círculo por Zacarías González del Valle en 1837. Manzano tiene por entonces unos 37 años y Suárez y Romero es un jovencito de 17. A instancias de Del Monte se promueve una suscripción entre los concurrentes a su cenáculo para conseguir la libertad de Manzano. Lógicamente el agradecimiento del siervo de la marquesa de Prado Ameno es total, y lo va a probar en el fatídico proceso de la Escalera³. Además, Manzano es el «negro bueno», humilde, pacífico, que ha soportado su dura esclavitud con muy pocos y tibios asomos de protesta. Por su lado, Anselmo Suárez descende de una familia de hacendados, pero ya arruinada, y es un adolescente de características emocionales muy parecidas a las del poeta negro. Quizás, en esencia, únicamente los diferencia el color de su piel y la distinta posición social que ocupan. Pero espiritualmente hay una gran identidad entre ellos.

La «pesadilla de la esclavitud», como con tanto tino definiera Cirilo Villaverde las consecuencias del régimen esclavista en Cuba, pesa sobre la totalidad de su sociedad. No hay aspecto de la vida en que no incida, donde no esté presente. Frente a este dilema, la burguesía criolla se escinde en dos vertientes: una, mayoritaria, compuesta por la aristocracia del azúcar, que quiere mantener a toda costa la trata de negros y la esclavitud. La otra, en minoría, es partidaria, en primer lugar, del cese del tráfico negrero, y a largo plazo, con cautela, de la abolición del esclavismo. A esta segunda facción —no hay que decirlo— pertenecen Del Monte y las personas que lo entornan. Su pensamiento está regido por factores económicos y políticos, pero tal vez principalmente éticos. Son, pese a cualquier limitante, el sector más avanzado, más progresista de la sociedad blanca cubana. En el campo económico comprenden que a la larga, y debido a la introducción de una maquinaria cada día más moderna en la industria azucarera, el reemplazo de la mano de obra esclava por el trabajador asalariado será más provechoso y de menor peligro. Sin titubeos pueden hacer suya esta formulación del Primer Ministro inglés, Lord Palmerston: «Puede afirmarse, sin temor a ser contradicho, que el trabajo libre cuesta menos que el esclavo, y es innegable que jornaleros pagados son para las clases ricas vecinos menos peligrosos que esclavos maltratados y vengativos»⁴. En lo político tienen conciencia de que el mayor obstáculo que se opone a la independencia de Cuba —en un momento en que todas las naciones continentales de

³ Mario Cabrera Saquí, «Vida, pasión y gloria de Anselmo Suárez y Romero» (Prólogo a Francisco, *La Habana*, 1947. Hay edición de 1974) y José Antonio Portuondo, *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, *La Habana*, 1960.

⁴ *Carta a Domingo del Monte, marzo 15 de 1839*, Centón Epistolario, tomo IV, *La Habana*, 1930.

América ya la han alcanzado— es la esclavitud. Cualquier intento de separación de la metrópoli española acarrearía indefectiblemente la emancipación de la servidumbre, ya que sin la masa negra del país es imposible enfrentarse al poder de España. Una gradual liberación de los esclavos —previo el cese de la trata para contener la explosión demográfica negra en la Isla, acompañado de medidas propiciatorias para la inmigración blanca— permitiría en cambio ir demandando una autonomía cada vez mayor para Cuba y a la postre, quién sabe, su emancipación de la Península; pues sin el peligro de una rebelión de esclavos semejante a la de Haití —pánico bajo el que han vivido los hacendados criollos desde finales del siglo XVIII— la estabilidad del país quizás lo haría posible. Por último, son humanistas y les duelen las vejaciones, abusos y crueldades que se cometen contra la raza negra. La estancia de Richard Madden en La Habana y el interés de Inglaterra por detener el comercio de africanos hacia América se presenta como coyuntura favorable para sus propósitos. De ahí que Del Monte le proporcione cuantos informes acerca de la esclavitud en Cuba le solicita; de ahí la confección del álbum literario que pone en sus manos al dejar Madden el país. Es preciso que Gran Bretaña y las naciones cultas de Europa conozcan el sentir de los cubanos avanzados respecto a la servidumbre, y la literatura, por el efecto que puede causar en un amplio público ilustrado, es de los vehículos más idóneos. De otra parte, la elección que hace Del Monte de los dos escritores cuyos trabajos han de ser lo medular del álbum, no puede ser más acertada. Primero, porque uno es blanco y el otro negro, con lo cual el testimonio de las dos razas está dado; segundo, ninguno de ellos —ni siquiera el negro— irá más allá de lo que es criterio del grupo, ninguno se excederá. Negro Manzano y blanco Anselmo Suárez, sus manifestaciones serán muy parecidas.

La primera «coincidencia», esto es, la producción de dos libros ideológicamente muy semejantes, se despeja. La sombra de don Domingo del Monte hace luz sobre ellos.

Hay un segundo acercamiento entre los dos libros, menos fundamental, pero que tampoco deja de llamar la atención. Ya hemos dicho que del Francisco novelesco al autobiografiado Juan Francisco, anímicamente el trecho que media entre ellos no es muy largo, y esto se debe a la estrecha identidad caracterológica entre Suárez y Manzano. Además, hay detalles en las vidas de los dos personajes —considerando literariamente al segundo como tal— que muestran una curiosa paridad. Por ejemplo, Francisco es sacado del barracón a los diez años de edad y trasladado a la residencia de la señora Mendizábal para incorporarlo a su servicio doméstico; como sirviente —calesero— recibe un trato más humano que los esclavos del ingenio azucarero: viste decorosamente, come de las sobras de la mesa de su ama, no